

LECCIÓN 49.^a LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

1. «Los postreros días»

«Díos, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo» (Heb. 1:1-2). ¿Qué significa la expresión «postreros días»? Algo muy distinto de lo que la mayoría de los cristianos suponen hoy. El término es empleado a menudo por los autores del Nuevo Testamento (Hech. 2:17; Heb. 9:26; 1.^a Pcd. 1:20) para señalar el tiempo que comenzó con la venida de Jesucristo al mundo:

«Cristo.... cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempo por amor de vosotros...» (1.^a Ped. 1:19, 20).

«Ahora, en la consumación de los siglos, se presentó (Cristo) una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (Heb. 9:26).

En estos —y en otros parecidos— textos es toda la época que cubre desde la primera hasta la segunda venida de Cristo la que se considera como «los postreros días», «la consumación de los siglos», «el cumplimiento del tiempo». «los fines de los siglos», etc. Los últimos tiempos, bíblicamente hablando, son los nuestros desde la encarnación del Hijo de Dios. Con su venida, Jesucristo ha inaugurado el Periodo final de la historia del mundo y de la humanidad; periodo que puede durar, no obstante, varios miles de años.

Al comentar las palabras del apóstol Juan: «Hijitos, ya es el último tiempo» (1.^a Jn. 2:18), señala J. M. Ghyseis: «No es materia discutible la enseñanza apostólica de que, de acuerdo con la Escritura, la ascensión de Cristo y la venida del Espíritu Santo en plenitud constituyen la apertura del último período de la historia. El final ha comenzado. Este presente período en el que vivimos es el último en el programa divino.» Y si este presente periodo es el último, nada queda sino el estado eterno, los cielos nuevos y la tierra nueva con que se cerrará definitivamente «el último día» que ahora vivimos, y se inaugurará la bienaventuranza eterna de los escogidos.

2. Ciudadanos de los cielos

Cristo ha ascendido ya a los cielos, a la diestra del Padre; y sus redimidos, al estar vitalmente unidos a Él por la fe, se hallan donde su Salvador se encuentra; de ahí las expresiones novotestamentarias en el sentido de que estamos sentados en lugares celestiales, y de que nuestra ciudadanía está en los cielos (Ef. 1:3; 2:6; Fil. 3:20; Col. 3:1-3). El mundo celestial y la esfera terrena son ahora estados paralelos, hasta cierto punto. El creyente pertenece a ambos a la vez. Como advierte el Dr. Vos, el cristiano tiene tan sólo sus miembros en esta tierra, los cuales deben ser mortificados; pero él mismo, en lo más íntimo de su ser, anhela elevarse hasta su Señor. El cristiano sabe que todo él pertenece a la altura de los lugares celestiales. Esto no significa una disminución de su anhelo para que Cristo venga pronto. «En realidad —explica el doctor Vos—, toda esta representación del estado del cristiano como centrado y potencialmente anclado en el cielo no es la abrogación —sino la más intensa y práctica afirmación— del interés del creyente por [a suerte del mundo.]» Todo cristiano es ya, en potencia, un habitante de los cielos. Su dimensión espiritual aguarda la plena entrada en la casa del Padre en el momento de su muerte; y en la segunda venida del Señor, no sólo su alma sino también su cuerpo heredarán el orden eterno del definitivo Reino de Dios, quedando

completa para entonces la redención.

3. Las dos edades

Según Pablo, Cristo se halla entronizado «sobre todo principado y autoridad, y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo (literalmente: "en esta edad"), sino también en el venidero (lit.: "en la venidera edad")» (Ef. 1:21).

Mediante estas expresiones —«este siglo (o edad)» y «el venidero siglo (o la venidera edad)»— el apóstol resume todo el tiempo, presente y futuro. Y afirma que este tiempo (aionitudo), esta edad, se halla bajo el señorío de Cristo. El mismo Señor usó lenguaje similar: prometió a sus leales seguidores: «De cierto os digo que no hay nadie que haya y dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo (esta edad), y en el siglo venidero (o la edad venidera) la vida eterna» (Lúc. 18:29-30). Es evidente que bajo las expresiones «en este tiempo» y «en el siglo venidero» el Señor incluye el presente y el futuro. También en Lucas (20:34-36) leemos: «Los hijos de este siglo (lit.:edad) se casan y se dan en casamiento; mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo (edad) y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección.» De nuevo vemos toda la extensión que podemos imaginar agrupada bajo dos expresiones: «este siglo» y «aquel siglo»; pero también aquí la línea divisoria entre las dos edades es la misma: la resurrección de los muertos, acontecimiento que toda escuela interpretativa admite que tendrá lugar en la segunda venida del Señor. Para los dispensacionalistas —y aquí también para los premileniales— el esquema de las edades futuras no el doble, sino triple: 1) este siglo, la presente edad: 2) el milenio, y 3) el estado eterno, «aquel siglo», «el siglo venidero». Para la exégesis amilenial sólo hay dos estados: 1) «este siglo», y 2) «el siglo venidero», o lo que es lo mismo: «estos postreros», últimos, días, inaugurados con la venida de Cristo al mundo, y, al final, la eternidad, que comienza con la resurrección y el juicio, precedidos de la segunda venida de Cristo, personal, audible y visiblemente.

Todas las escuelas de interpretación profética concuerdan en reconocer esta presente época como un período de maldad (Gal. 1:4), y salvo, tal vez, los escasos adherentes al postmilenialismo (y aun éstos con matices y puntualizaciones), ningún cristiano espera que todo el mundo sea convertido completamente dentro de esta edad, «este presente siglo malo».